

¿Machismo Femenino?

Yolanda Montúfar Ugalde



El diccionario de la Academia define al MACHISMO, como actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres. El concepto, si bien es justo, no es completo. Para serlo, habría que añadir también que constituye una actitud de inferioridad de las mujeres respecto de los varones, pues sin duda, así como "no todo lo que brilla es oro", las mujeres no han dejado de tener su buena cuota de culpa en haber sido durante casi toda la historia de la civilización un mero complemento del hombre en las tareas del hogar, del trabajo y de la reproducción. Y esto en base a una decisión prácticamente voluntaria, fraguada en las costumbres an-

centralmente arrastradas. ¿Es que ha existido una suerte de complejo de inferioridad femenino que humildemente se ha resignado a un destino tan poco ambicionable? En muchos casos, definitivamente sí, en parte como secuela de una educación tradicional —que más que educación, no pasaba de "entrenamiento"— y en parte por la falta total de ambiciones de parte de quienes estaban persuadidas de que el orden natural de las cosas les tenía condenadas a la reclusión hogareña, a la sumisión sexual.

¡Cómo han cambiado los tiempos y cómo han evolucionado los conceptos, al calor del progreso y de la liberalización de ideas y costumbres! Los movimientos fe-

ministas que surgieron a mediados del siglo pasado terminaron por conseguir su objetivo básico de la "liberación femenina" que abrió para las mujeres las puertas de colegios, universidades y profesiones con igualdad de derechos con respecto a los hombres, hasta llegar a desbaratar la enorme injusticia encerrada en las legislaciones hechas por hombres para hombres, repletas de restricciones que no otra cosa significaban sino que la mitad de los habitantes de la tierra imperaban sobre la otra mitad, sin razones justificables, ni técnicas ni morales.

La igualdad entre hombres y mujeres en las legislaciones y en las oportunidades es ya casi un hecho universal; quedan apenas enclaves de restricciones en uno que otro lugar, donde el elemento masculino no ha conseguido experimentar las ventajas contenidas en la duplicación de fuentes de producción y de cultura. Pero tampoco puede dejar de reconocerse que todavía persisten ciertos focos de resistencia de parte de las mismas mujeres para su propio beneficio. Y no es solamente en el campo de la vanidad en el que es válido ese viejo concepto de que el mayor enemigo de la mujer es otra mujer, indudablemente por razones de rivalidad. No, en la subconciencia de muchas mujeres subsiste un sentimiento de hostilidad y de reacción tan poco inteligente, tan incomprensible, que les hace sublimar la semi-esclavitud que las dominó tradicionalmente y que les impulsa a reaccionar negativamente contra sus propias conquistas, como ese tonto y no menos histórico pronunciamiento que hizo exclamar a ciertos grupos retrógrados y ofuscados de fanatismo "vivan las cadenas", para resistirse a aceptar la liberación que se les brindaba. En efecto, la subyugación al machismo sacramental, obra con tal persistencia en ciertas mentes femeninas, que les incapacita para aceptar su propio progreso y las torna en las más torpes enemigas de las

de su género que han logrado superar las barreras del prejuicio y han obtenido posiciones de dirección y responsabilidad. Persiste pues una notoria carencia de educación para que se alcance la equiparación de derechos y aptitudes entre los miembros de la especie humana, no importando el hecho casual del sexo que le asignó la naturaleza a cada cual. Un pequeño y progresista país europeo —Islandia— ha dado la nota civilizada al elegir a una mujer para Presidente de la República y a aceptar voluntariamente, sin la menor reacción, que siete de los diez Ministros del gobierno sean mujeres, simplemente porque no se trataba de repartir cargos porque sí, sino de asignarlos a las personas de mayor capacidad, y casualmente se trataba de mujeres! El revolucionario slogan napoleónico que señalaba que en la mochila de todo soldado francés reposaba en potencia el bastón de Mariscal de Francia y que junto a la rueda de toda francesa había un escaño legislativo, ha resultado profético pese a la resignación machista de ciertas mujeres que siguen sin tolerar que las de su mismo sexo puedan alcanzar el éxito profesional, político o de cualquier otra clase. Como colofón de estas reflexiones, cabe recordar a aquellas ilustres mujeres que han ejercido la más notable y benéfica influencia en la marcha y progreso de la civilización: comenzando por la bella Nefertiti, esposa del faraón Aknatón y por Aspasia, la mano derecha e inspiradora de Pericles en su labor de rescate de los valores humanos; y no puede menos que ser mencionadas al azar Juana de Arco, Marie Curie, Manuela Sáenz, Carlota Corday, Cornelia Graco...

Mas, de cualquier manera, pese al autocercenamiento de su personalidad, el movimiento de igualdad de los estatutos sociales de hombres y mujeres, tanto en los civil como en lo jurídico, económico y profesional, se ha tornado una realidad irreversible.